

Autora: Judit Saiz Fernández-Valmayor

Curso: 4.º ESO A

Colegio San Juan Evangelista

Código del centro: 28024988

Texto basado en la novela *Marianela*, de Benito Pérez Galdós

Título: **Por una vez**

Si la razón, hija del cielo, pudiera opinar de belleza, la única fealdad sería la enfermedad.

Georg Christoph Lichtenberg

A mis 16 años y en pleno siglo XXI, siglo en el que los prototipos son tan importantes y la gente es tan superficial, creo que difícilmente podré encontrar un amor verdadero: el amor es ciego dicen, ojalá fuera así.

Mi nombre tampoco ayuda, Marianela, nombre en honor a mi madre; hoy en día los nombres son muy repetitivos, me refiero, a que o te llamas Lucía, ¿o puede que Carla?, o tu nombre también será foco de burlas. No entiendo esta superficialidad, nadie es capaz de mirarte a los ojos y conocerte de verdad, de realmente enamorarse de ti y verte tal como eres, antes de analizarte cual escáner de rayos X, saber de tu familia y, en muchos casos, de tu situación económica.

Lo mismo, querido lector o lectora, estarás pensando en qué es lo que busco yo, tranquilo ahora mismo, te lo diré:

*Tal vez alguien con una mirada llena de luz,
que me comprenda, me escuche, y tenga buena actitud.
Que llueva, truene o haga sol,
me visite todos los días del año con la misma ilusión.
De mi corazón se enamore
y esté ahí cuando yo lllore.*

*Todo ese amor será correspondido
como tras un largo día de sol, la brisa dé un soplo.
Yo prometo amar incondicionalmente
sin ver tu rostro anteriormente.
Cree mis palabras,
como yo creí tantas historias macabras.*

Tal vez pensar todo esto, mientras espero mi Latte en Starbucks no sea lo mejor, pero quién sabe, lo mismo algún día consigo aquello que busco, pensé.

A todo esto parecía que Dios me estaba oyendo, ya que justo en ese momento vi un chico muy guapo acercarse al mostrador, lo único que encontré un poco raro fue que llevaba puestas unas gafas demasiado oscuras, diría yo. Al ir a coger su café, accidentalmente se le cayó al suelo, y noté que al agacharse no lo encontraba, se chocó con el mostrador. Pobrecillo era un poco torpe, aún así decidí acercarme a ayudar.

—¡Ey! ¿Quién anda ahí?

—Yo, bueno, es decir, Marianela. Por cierto, he venido a ayudar, por lo menos mírame a la cara, maleducado.

—Disculpa, es que soy ciego, no veo nada, pensé que venían a robarme una vez más.

»Muchas gracias, no debí contestar así de primeras, lo siento. A propósito, bonito nombre, Marianela, sí, suena a mujer de ideas claras y un gran potencial, yo me llamo Pablo.

Al final, estuvimos hablando durante, horas, días, semanas e incluso meses. Pablo era un chico muy interesante, inteligente, guapo, y con unos ojos rasgados preciosos, se podría decir que sentí lo que llaman amor a primera vista; él, claramente no pudo decir lo mismo, pero eso me llevó a pensar, en que si ese pobre chico viera, seguramente, al verme, se iría como hicieron muchos otros.

Hasta que una tarde me contó que tenía pendiente, una operación que le iba a curar la ceguera, eso me entristeció terriblemente, mi corazón se rompió, como una frágil figurilla de cristal al caer al suelo, inconscientemente pequeñas lágrimas, salieron de mis oscuros ojos, y humedecieron mi pálida piel. Pablo, al oír mi voz entrecortada, preguntó, yo le hablé de mis inseguridades y él me prometió amor eterno, no sabía si era real, un chico de veinte años, y tan perfecto como era él, no podía ser real, y que me prometiera su amor mucho menos.

Llegó el día de la operación, no dormí en toda la noche, en el hospital Infanta Leonor, se encontraba el hombre que me había prometido estar ahí, mi miedo a que me viera por primera vez, era el mayor miedo que había sentido jamás.

—Perdone, ¿viene usted por Pablo Penánguilas? Si es así, he de informarle que puede pasar a verlo, y se encuentra en perfecto estado.

Yo asentí, y corrí como no lo había hecho jamás por un largo pasillo de luz blanquecina.

Al entrar en la habitación, me miró, y me hizo un gesto para que me acercara, así lo hice, y donde yo pensaba obtener rechazo, obtuve un beso, un beso de amor verdadero, que sin necesidad de palabras, me informó de que él seguiría, no se iría, y por una vez sería feliz.

